



entrevista:

Rodrigo Campaña Escobar

La excavación íntima del arqueólogo lector de Vargas Llosa

Por: Miguelángel Rengifo Robayo
Fotografía: Cotopaxi Magazine

Ubica sus huesos sobre una silla roída por el estridente sonar de una Olivetti que insistente palpita sobre una hoja en blanco, las teclas musicalizan las sentencias, obsesivamente sabe de memoria la rigurosidad de una vasija, de un Dios enclenque y roto horneado en barro de hace unos 500 años Antes de Cristo y diferencia bien el pliegue de un cuenco que data de estas culturas habitadas en lo que hoy llamamos Latacunga, tierra de Mitimaes, Cotopaxi, de los Panzaleos, de los Caras, de los Colorados.

En una ciudad inicial, a falta de dotes y argumentos para definirla, asfixiante argumento para seguir escribiendo. El escenario debe leerse nuevamente con la aprensión y reconocimiento de lo que somos, la cultura central y común, en definitiva toda la cultura ecuatoriana debe reconocerse en su médula cultural. Relecturas necesarias sobre las identidades, la

relación geográfica, mitad imaginaria, inventada, y vinculada al universo.

Rodrigo Campaña Escobar examina el paso de sus años, y me advierte que todavía vive, esa afirmación la siento tras largas conversaciones y complicidades con las que he reconocido sin vulgaridades el aprecio de la amistad, el respeto y la condescendencia.

Campaña Escobar, conocido cariñosamente por sus amigos desde su infancia y adolescencia como el Conejo, nació por Santo Domingo en el centro de Latacunga de 1922 un 1 de octubre.

Trabajó como docente escolar durante 35 años, siendo profesor en periodos mínimos y prolongados en algunas entidades educativas de la provincia, inició en la escuela Manuel Salcedo y se jubiló siendo Director de la Escuela de niños Dr. Isidro Ayora.

Los ojos crispados develan en Rodrigo Campaña la misma fascinación ante el cuestionamiento inicial de cómo nació esa afición por la investigación y la arqueología. Mi padre - dice Rodrigo-, Alfonso Campaña Silva, en esos entonces se ofició en una obra trascendental que fue la canalización de la ciudad de Latacunga, la captación del agua potable, yo lo acompañaba encajado en su caballo, uno de esos viajes me sorprendí en una de las zanjas donde se hizo un descubrimiento de vestigios de barro, y le pregunté a mi padre que ¿qué era aquello? Y él me dijo que eran unos pedazos de ollas incas. No me satisfizo la respuesta.

Este acontecimiento me marco para siempre, me llamaba la atención la frecuencia de esos hallazgos que se hacían en esos trabajos, yo me cogía esos trocitos de cerámica y me embolsicaba, llegaba a casa y mi mamá, Rosa Elvira Escobar,

me retaba, me reprendía porque le dañaba con los pedazos de barro los bolsillos de la ropa.

La ciudad se extendía desde El Salto, su pared norte, hasta el puente de Nintinacaso, en sentido norte sur; más allá era el campo, la aviación en el norte los llanos de haciendas al sur; del otro sentido oriente occidente la loma del Calvario y el río Cutuchi, esa era la ciudad; quizá otra.

De momento dejamos el habitual escritorio del despacho y Rodrigo Campaña me guió por una serie de anaqueles apostados en un costado de su biblioteca, me indicaba una colección privada que durante su vida ha recogido en hallazgos, y compras espontáneas, la más nutrida colección particular, si no la única de cultura precolombina en la ciudad, delicadamente ordenada, cronológicamente fichada en el rigor de un científico y arqueólogo, entonces me cuenta casi como un secreto que el formalismo por la arqueología llegó con la comprensión o más bien con el compromiso. No existía, y creo que hasta ahora –afirma– una persona ni medianamente destacada en asuntos arqueológicos, al menos asumí ese compromiso, por ese entonces creí en la posibilidad de que la educación estaba en la práctica, en el hacer y el conocer, y más aún el de reconocer.

Siendo Director de la Escuela Isidro Ayora, pensé en la base principal de una educación con todos los elementos y materiales didácticos entonces nació la urgencia de esa herramienta elemental de la historia, de la identidad, de la cultura, la arqueología. En dicha escuela en uno de sus salones existían 4 o 5 piezas precolombinas, nunca supe cómo fueron a dar ahí, si en la construcción del establec-

imiento tal vez sucedió el hallazgo no lo sé, la certeza es que empezamos a crear una sección de arqueología para ello pedimos el aporte altruista de los padres de familia quienes nos donaron piezas valiosísimas, también me encargue de comprar a los huaqueros, personajes indígenas en particular quienes encontraban yacimientos o vestigios de culturas aborígenes.

En la ciudad no existía una sola persona que sepa sobre el asunto, así que una mañana me dirigí hasta Quito a presentar mi inquietud en el despacho de la Dirección del Museo Nacional del Banco Central del Ecuador. Estaba revisando expedientes y saludé con el entonces director, Arquitecto Hernán Crespo Toral, me recibió y conversamos por horas, le comente sobre mi proyecto, de inmediato surgió una complicidad muy profunda y se interesó por mi caso en particular. El director de una escuelita de provincia se disponía a la ardua tarea de instituir un museo arqueológico.

Lo visitaba en su despacho a veces su secretaria me decía que lo espere en el loving, o él ordenaba que mientras lo esperara recorriera los predios del Banco Central del Ecuador por los stands de la reserva arqueológica.

En una de esas habitaciones exhibían la momia de una muchacha hallada por los nevados andinos del Ecuador, intacta, natural indescriptible, llevaba una shigra o bolsa colgada de su cintura y todavía guardaba algunos racimos de hoja de coca.

Hernán Crespo Toral me facilitó bibliografía actualizada y fundamental para mi iniciación formal sobre el tema, recuerdo que me obsequió un ejemplar, impre-

Pieza arqueológica de la cultura Panzaleo



Rodrigo Campaña en el lugar más apreciado de su residencia.



Colección de la Cultura Panzaleo

scindible, de una destacada investigadora guayaquileña que me ayudó muchísimo. Me fui vinculando con otros arqueólogos, siguiendo las indicaciones de Hernán que sería mi maestro, y mi amigo personal. Desde ese encuentro durante largos periodos lo visité en varias ocasiones. Rodrigo Campaña fue elogiado y reconocido públicamente en un Congreso de Arqueólogos por su labor a favor de la cultura y arqueología ecuatoriana.

A pesar de aquello –dice- nunca me invitaron a participar de un proyecto integral sobre arqueología. La novatada y el egoísmo destruyó vestigios valiosos de arqueología en nuestra provincia.

Cultura Panzaleo (500 ac - 500 dc) esta denominación, más que a una cultura determinada, corresponde a un componente cerámico minoritario de amplia dispersión, generalmente asociado a materiales de tradiciones cerámicas diferentes, propias de las zonas que se ha encontrado. Recipientes con estas características aparecen por toda la sierra norte central del país, así como en la zona de Quijos en la Amazonia. Su distribución sugiere una estrecha relación entre estas dos áreas, siendo su zona de fabricación el flanco oriental de la Cordillera Real. Tecnológicamente se caracterizan por el fino espesor de sus paredes, cuidadoso acabado de superficie y sonido metálico. Poseen una gran variedad de formas, donde sobresalen las grandes ollas esféricas, muchas de las cuales decoradas con rostros humanos, a menudo chagchando (mascando) coca y, en ocasiones, cubiertas por máscaras. Otras presentan motivos propios de tzantzas o cabezas - trofeo.

Para tratarse de un grupo de especialistas dedicados al intercambio, en el cual habrían tenido un puesto destacado ciertos productos de la selva amazónica, como las plantas alucinógenas y los conocimientos shamanísticos.

Pocos han tenido la oportuna y necesaria visita a los museos arqueológicos de Cotopaxi, de manera particular de Latacunga. Para quienes por intencionalidad y esmero personalísimo aún conocemos del trabajo arduo y legado que ha brindado para esa constitución Rodrigo Campaña Escobar. De manera particular cuando cursé los años escolares Raúl Berzazueta, profesor, nos convidaba en ese laberinto cultural reconocible acompañadas de sendas pláticas para admirar los vestigios de la cultura precolombina nuestra. El Museo arqueológico de la Escuela Isidro Ayora, el Museo de la Casa de la Cultura, las piezas arqueológicas del Centro Cultural Tilipulo, de administración municipal, el último trabajo asistido por Rodrigo Campaña a la colección institucional arqueológica del Colegio Particular Sagrado Corazón de Jesús, son algunos de los sitios a los que se puede asistir y admirar a esta cultura, la de los Panzaleos o Tzhachilas.

Es media tarde y la conversación declina. Le cuento que al conocer sobre la noticia del Nobel de Literatura 2011, supuse sin equívocos la alegría que debió sentir; sonrío alagado: ya tengo el último libro, “El Sueño del Celta”, aun no lo leo pero ya lo tengo. Hay autores que se leen con agrado con dedicación, hay otras cosas que no. Ahora con mi edad me doy cuenta de que he sido un lector compulsivo cogía una cosa y leía hasta que se acabe. Libro, revista, periódico lo que sea, ahora ya me pongo a pensar que no tengo tanto tiempo y sólo leo lo que me gusta.

Hojeo las revistas, las repaso ligeramente, si me gusta y tengo interés lo leo sino no lo hago. Me tope con un caso por primera vez en la vida que me compre un libro y no pude leerlo, no podía y me dije estoy perdiendo el tiempo. Pero cuando coges un libro de Vargas Llosa y empiezas es posible de que nunca termines, es tan interesante, tan dócil para seguirlo. Hay textos tediosos, hay algunos autores que a lo mejor los desconozco mejor ni los topo. Rodrigo Campaña, vargasllosista hasta la médula, se despide y pide que vuelva porque las entrevistas, las conversaciones son como la vida, infatigables y únicas. ■

Vasija Panzaleo encontrada en Cotopaxi



Colección privada de vasijas de barro de Rodrigo Campaña Escobar

